

Primer premio en el XI Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo” Grisel 2009

Yusuf Mador

Yusuf Mador

La primera vez que vi a Yusuf Mador no reparé en él. Fue al atravesar una acequia, luego supe que le llaman la Acequia de Magallón, camino de Grisel. Él se había detenido a un lado del camino y se refrescaba la cara con un agua que corría limpia. Si entonces le hubiera conocido como le conozco ahora habría adivinado que estaba disfrutando del sonido del agua en medio de un campo de soledad, que Yusuf había ralentizado su marcha intentando detener el tiempo para saborear con todos sus sentidos los últimos metros que le separaban de su verdad, de su gran verdad.

Pero yo no reparé en él. Pensé que era un caminante de los que transitan la ruta que lleva al Moncayo, un excursionista solitario o quizás ni siquiera consideré su presencia. Tenía prisa por llegar al castillo de Grisel y preparar la conferencia que iba a dar Santiago por la tarde. Él lleva años trabajando en la restauración de la catedral de Tarazona con distintos equipos de ayudantes y era el momento de solicitar y conseguir un apoyo decisivo de los empresarios y de las autoridades de la zona. La conferencia era muy importante. Santiago explicaría los trabajos realizados hasta el momento y pretendía conseguir la financiación necesaria para terminar el proyecto. Teníamos miedo. En este tipo de reuniones siempre hay algo que falla y teníamos que hacer todo lo posible por evitarlo. Quizás por la preocupación conducía en dirección a Grisel sin fijarme en el paisaje, dando vueltas a los detalles una y otra vez, repasando mentalmente todo aquello que pudiera salir mal. Pero cuando llegué a Grisel no me esperaba nadie. La puerta del castillo

estaba cerrada y el pueblo parecía abandonado. Miré el reloj. Por una vez en mi vida había llegado demasiado pronto.

No me importó demasiado el silencio. Aproveché para dar un paseo por el pueblo, que es pequeño, coqueto, con sus casas en muy buen estado de conservación agrupadas en torno al castillo, sin fachadas viejas ni deterioradas. Es lo que da la profesión de restaurador, que uno se va fijando en los edificios como posible objeto de trabajo. Me fijé en que el castillo tiene una muralla exterior y no son pocas las casas adosadas a la misma. A simple vista se ve que ha sido restaurado varias veces, que está montado como un rompecabezas con piezas de distintas épocas y que conserva muy poco de su finalidad defensiva original. La historia siempre se encarga de deteriorar los castillos y estos terminan rebelándose con rabia para luchar contra el tiempo como titanes. En algún momento los castillos detienen su proceso de derrumbe y comienzan a embellecerse poco a poco para recuperar su esplendor medieval. Así me pareció que se comportaba el castillo de Grisel, como un titán que se resiste a ser vencido, como un gigante que no quiere ser derrotado y un castillo que no quiere dejar de ser castillo. Yo contemplaba al mismo tiempo su caída y su resurgir, y mirando sus murallas me había convertido en un caballero que participaba en las correrías del señorío y cabalgaba por los cerros próximos con las armas en la mano combatiendo a enemigos endiablados para regresar al interior de sus muros cubierto de gloria. Yo era un vencedor, un héroe, un jinete en un corcel indomable al mando de unas huestes invencibles cuando alguien me tocó suavemente en el hombro. Era Yusuf.

Al girarme sobresaltado contemplé unos sinceros ojos verdes y una sonrisa abierta que servían para encubrir un español imperfecto. No entendí muy bien lo primero que me preguntó Yusuf, pero me conquistó la expresión de su cara, que me transmitió una confianza sin fin.

Alargó sus manos y me enseñó un mapa a medio desplegar y un libro viejo y amarillento, y me repitió su pregunta más despacio en un esfuerzo claro por hacerse entender: “¿Me puedes ayudar?”. No lo dudé. Algo en mi interior me impidió dudarle. Inmediatamente le dije que sí.

No tuve tiempo de coger el libro. Había clavado mis ojos en sus tapas desgastadas cuando un hombre simpático se acercó a nosotros y en un tono a medias entre un saludo y una disculpa nos preguntó si llevábamos mucho tiempo esperando. Reconocí por su voz que era Daniel Lozano. Habíamos hablado por teléfono unos días antes para organizar la conferencia. Él se encargó de abrirnos el castillo.

El matacán de la entrada principal está bien conservado. Me pregunté si alguna vez habría sido utilizado. El patio de armas desvela en seguida que está preparado para albergar conciertos y otras actividades más propias de nuestros tiempos que de épocas pasadas. Miré a Yusuf para comprobar si le decepcionaba el estado de la fortaleza. Entonces me sorprendió que sin conocernos yo hubiese dado por supuesto que él entraría conmigo en el castillo y que caminase a mi lado con naturalidad, como si llevásemos toda la vida juntos.

Hasta que Santiago llegó, Yusuf y yo apenas tuvimos tiempo de hablar un rato, muy despacio y con algunas dificultades para entendernos. Lo hicimos paseando junto a una construcción cónica, de piedra, que hay en un pequeño

parque del pueblo. Yusuf quería verlo todo, saberlo todo, preguntarlo todo. Nos dijeron que hay muchas casillas de piedra como la del parque desperdigadas por los campos y el monte de la Diezma, que son típicas de la zona, y en seguida propuso ir a conocerlas. Yusuf quería visitar las casillas, la iglesia, los alrededores, quería subir al monte de la Diezma para tener la misma vista del pueblo que los aerogeneradores blancos e inmensos que vigilan los campos desafiantes y desfiguran el paisaje, quería ir a Samangos... a todos los rincones, a todos los sitios. Fue entonces cuando me confió su mapa y su libro amarillento.

En sus ojos se mezclaban la pesadumbre y la esperanza. No había sentido en mi vida una mirada tan profunda como la de Yusuf en aquel momento. Dudé, pero Yusuf insistió con un movimiento enérgico de los brazos hacia adelante. Al coger aquellos objetos me estremecí. Yusuf me miraba como si me hubiese entregado todo lo que tenía, como si al darme su mapa y su libro me estuviera confiando parte de su vida. Lo que yo no sabía entonces era que estaba poniendo en mis manos su verdad, su gran verdad.

En aquella reunión no falló nada. El salón de reuniones del castillo de Grisel tenía la temperatura y la iluminación perfecta, el proyector de transparencias funcionaba correctamente y las aproximadamente sesenta personas que acudieron a la conferencia parecieron satisfechas con las explicaciones sobre las obras de restauración de la catedral y los planes de futuro. Pero confieso que aquello había dejado de importarme. Mientras Santiago hablaba yo no podía dejar de acariciar los lomos de aquel viejo libro. Deseaba con todas mis fuerzas que la reunión terminase cuanto antes para lanzarme a devorar unas páginas que yo imaginaba llena de misterios.

Si a mí me impresionó el libro cuando lo tuve en mis manos a Santiago le cambió hasta el color de la cara. Lo abrió y me miró enloquecido. Con su mirada saltaba de mis ojos a los de Yusuf, que reía abiertamente, de los de Yusuf a las páginas de libro y del libro otra vez a mis ojos sin saber donde detener la vista. El libro estaba escrito en árabe. Era una prueba para nuestra paciencia. Un obstáculo para adentrarnos de inmediato en sus misterios... una oportunidad para saber por boca de Yusuf su contenido.

A las diez estábamos cenando los tres en el hotel La Merced de Tarazona. Yusuf nos contó que venía de Tastur, un pueblecito de Túnez y que su pueblo creció cuando a principios del siglo XVII se instalaron en él parte de los moriscos expulsados de España. Por las calles de Tastur corren las leyendas de gente que vuelve a España en busca de sus orígenes. Sus casas están llenas de baúles y de reliquias familiares, de recuerdos que se transmiten de padres a hijos y de llaves oxidadas que pertenecen a las casas que dejaron cerradas en sus tierras de Al-Andalus. Yusuf nos dijo que el libro es un diario de sus antepasados, y que siempre ha estado en su casa. Está escrito en un dialecto árabe distinto al que se habla en su provincia y por eso hay muchas cosas del diario que no entiende. Pero está seguro de que el diario se empezó a escribir en Grisel, y Grisel se convirtió para él en una meta desde que era niño.

–No es propiamente árabe, –nos dijo María Luisa Campos, directora de la Casa del Traductor y muy amiga de Santiago–. Se trata de un texto aljamiado. Es una forma de escribir en una lengua románica pero manteniendo la grafía árabe. Eso demuestra que el diario fue escrito por un morisco y explica

que vuestro amigo Yusuf no pueda entenderlo. Si me dais un poco de tiempo os podré ayudar con la traducción.

Dos días después de la visita a La Casa del Traductor, el día antes de marcharnos de Tarazona, María Luisa Campos vino al hotel. Nos sentamos en unos cómodos sofás, en un salón independiente. Estuvimos hablando de cosas triviales hasta que nos sirvieron un café. María Luisa tomó su taza de café y lo probó, y aquello pareció la señal para empezar a hablar con una ilusión desbordante:

–Necesito más tiempo para daros una copia traducida del diario, pero con la ayuda de un compañero lo hemos leído casi todo. He traído un extracto, una parte que os gustará y que tiene mucho que ver con Yusuf. Dejarme que os la lea –añadió. María Luisa hizo una pausa, nos interrogó con su mirada y sin dejarnos contestar sacó sus gafas y unos cuantos folios de un maletín de piel del que no se separaba en ningún momento, volvió a beber un sorbo de café y empezó con una lectura entusiasta que nos atrapó desde la primera línea.

Grisel a veinte y dos días del mes de mayo de 1598

“En mitad de la noche me he despertado sobresaltado por los golpes de la aldaba. Al salir de la cama he notado el frío de las losas en mis pies descalzos y un resorte imaginario me ha obligado a abrir la ventana en un impulso que no he podido reprimir. A la puerta llamaba un hombre bien vestido, que venía solo. Mi padre también ha oído los golpes y ha salido de su habitación con una vela encendida en la mano. No he dudado en seguirle

escaleras abajo, sin hacer ruido. Mi padre ha abierto la puerta confiado, como siempre, sin temer nada, y ha invitado al hombre a entrar en casa. El hombre ha dicho sin perder tiempo que era criado de don Pedro y que buscaba al médico Hassan Mador, el médico morisco de Grisel. Entonces mi padre ha contestado con la solemnidad que le he visto hacerlo otras veces: «El médico soy yo. Mi nombre es Hassan Mador». Cuando mi padre se ha girado y me ha visto al pie de la escalera he pensado que me iba a castigar, sin embargo, me ha dicho que me vista y me ha pedido que le acompañe.

Me he puesto mis ropas todo lo rápido que he podido pensando que mi padre podría cambiar de opinión si yo no estaba presto, pero él no ha tenido que esperar por mí. Cuando ha salido de su dormitorio era yo quien tenía la vela encendida en el pasillo y he iluminado la escalera hasta la parte baja de la casa. El criado nos ha dicho que la esposa de su señor ha empeorado y que don Pedro requería sus servicios. Ha sido entonces cuando me he dado cuenta de que mi padre ni siquiera había preguntado para qué lo buscaban. Ha cogido el maletín que lleva siempre consigo cuando tiene algún aviso y me lo ha dado. En el maletín lleva las medicinas más habituales, bolsas llenas de hierbas y algunos remedios que sólo conoce él. Mi padre y el hombre que llamaba a la puerta han empezado a andar muy deprisa, y yo apenas he podido seguirles arrastrando el maletín hasta la calle Baja, donde nos esperaba un carruaje.

Tenía el corazón encogido, me costaba respirar y si no llega a ser por la serenidad de mi padre no habría soportado el miedo. Me daba miedo la noche cerrada y los cascos de los caballos retumbando por los caminos al dejar las casas del pueblo atrás, me daba miedo el látigo del cochero y las chispas que despedían las ruedas al chocar contra el suelo y levantar los guijarros y me

daban miedo la oscuridad en la que nos adentrábamos y las sombras que viajaban junto a nosotros. La figura espectral del castillo de los Condes empezó a levantarse en la noche cuando mi padre me cogió la mano. Entonces me sentí seguro y comprendí que estaba dejando de ser un niño.

Nunca había entrado en el palacio de los Condes. Las puertas abiertas me parecieron la boca de un animal gigantesco y, al entrar en el patio irregular y oscuro, empedrado y rodeado de arcos, sentí que ese animal nos estaba devorando. Mi padre seguía callado, y yo no me había atrevido a interrumpir su silencio para hablarle de mis temores. Dentro del patio, en la puerta principal de la casa, un hombre le esperaba de pie, rodeado de criados. Mi padre y él se hablaron como si se conociesen de otras veces. Era el Conde Don Pedro de Turia.

Grisel a diez y siete días del mes de abril del año 1610

Mi viejo diario llevaba tanto tiempo escondido entre los demás libros del estante que sus tapas han empezado a vestirse con el color amarillo del olvido. Lo he buscado con la intención de añadir una última página, la página que quizás será definitiva. Anoche, cuando el criado de don Pedro llamó con tanta insistencia a la puerta, recordé tu imagen bajando las escaleras a la luz de una vela para abrir la puerta, hace muchos años, cuando la Condesa enfermó de gravedad. Los golpes en mitad de la noche han despertado en mí los miedos de la niñez y han dibujado en la oscuridad el rostro sereno del médico Hassan Mador. Pero tú ya no estás aquí para pedirme que lleve tu desgastado maletín, ni para ofrecerme la seguridad que un padre transmite a su hijo adolescente, y

al cruzar las puertas del palacio he sentido una soledad que jamás antes había sentido, y he deseado con todas mis fuerzas que estuvieses conmigo, padre.

Esta vez los Condes no han avisado al médico de los moriscos para tratar una grave enfermedad sino por el respeto y la amistad que les une con nuestra familia. Los Condes me han dado a conocer en persona un edicto de su Majestad el Rey Felipe III que mañana un pregonero real leerá en la Plaza Mayor y en las demás plazas públicas de la villa y de las villas vecinas en presencia de un notario. Los Condes no querían que nuestra familia se enterase de un asunto tan grave por boca de otros, y yo, padre, se lo he agradecido.

Te confieso que he acudido a este diario amarillento porque no sé que hacer, me siento atenazado por las dudas y la confusión. He rescatado de aquellas páginas escritas con el ardor de la adolescencia el temor que me produjo entrar al castillo de los Condes por primera vez y que sólo pude superar con el paso de los días. Yo te acompañaba llevándote el maletín hasta el patio de armas, desde allí tú te dirigías a los aposentos de la Condesa y a mí me dejabas paseando en los preciosos jardines, siempre verdes y frondosos gracias al agua que las acequias se encargaban de repartir con abundancia. No tardé en hacer amigos entre los sirvientes de los Condes, que hablaban maravillas de tu medicina y me trataban a mí como al ayudante del médico, y fue en aquellos días, padre, cuando decidí que la mejor manera de honrarte y honrar a los nuestros era convertirme en médico, como tú.

Don Pedro te llamó en medio de la noche porque ningún médico había sido capaz de encontrar un remedio para la enfermedad de la Condesa, te llamó en mitad de la desesperación, te llamó cuando la pesadumbre era voraz

y sólo le quedaba la esperanza de que la medicina fuera capaz de traspasar la frontera de las religiones. Don Pedro confió en ti porque ya no tenía nadie más en quien confiar, y el amor a su esposa y la certeza de que la muerte acechaba su casa le dieron fuerzas para sobreponerse al desgarró de que en una villa como Tarazona un noble aragonés solicitase los servicios del médico de los moriscos.

Ordenó a sus criados y sirvientes que cumpliesen punto por punto tus instrucciones. Aquella misma noche dispusiste el aislamiento de la Condesa. Mandaste quemar sus ropas, enseres y joyas. También ordenaste la cuarentena para los criados y sirvientes de la casa y la quema de sus ropas y enseres. Ordenaste que los criados abrieran constantemente las ventanas de la casa, aunque hiciera frío, para airear las habitaciones y finalmente mandaste que al cerrarlas se fumigase la casa con carbón y sustancias aromáticas.

Usabas guantes, capas y máscaras embebidas en vinagre para ahuyentar la enfermedad, y algunos recelaban de tu forma de proceder. En realidad recelaban del médico de los moriscos y de todos los nuestros. Pero la Condesa sanó, y con ella algunos sirvientes que también habían caído enfermos, y los Condes respondieron con un agradecimiento y una generosidad indiscutible hacía ti y los tuyos que ha llegado hasta la misma noche de ayer.

Tus conocimientos se impusieron a las opiniones de aquellos hombres que basaban sus diagnósticos en la actividad de los astros y atribuían a un azote de los planetas los males que ellos no eran capaces de remediar. No dejaste en manos de Dios la curación de la enfermedad. Actuaste como un científico pero también como un hombre de fe, y mis ojos niños agigantaron tu

figura y te convirtieron en el mago capaz de hacer un encantamiento con el maletín cargado con hierbas y remedios caseros que yo te llevaba con orgullo.

Pero hoy no sé que hacer, padre. ¡Ojala tuviese el ajado maletín conmigo! Con él tendiste un puente entre moriscos y cristianos y ese puente se ha derrumbado. Ese puente era para los demás, padre, tú nunca pensaste que éramos distintos, pero ese puente se ha derrumbado. No han sido los Condes, que insisten en que nuestra conversión es verdadera y que al ser cristianos salvaremos nuestros bienes, pero ellos no pueden nada contra el Rey, no pueden nada contra la Inquisición, la envidia y el odio. Unos días, padre, unos días es lo que tenemos de plazo para abandonar nuestras tierras y volver a las de nuestros ancestros en Berbería, unos días para vender nuestras casas y propiedades bajo pena de muerte y confiscación de los bienes en caso de no cumplir lo dispuesto en el edicto real.

Y no sé que hacer, padre, porque Hassan Mador, el médico de los moriscos ya no vive, y yo no soy más que un pobre médico hijo y heredero de aquel, de ti, pero no tengo ningún maletín lleno de magia para tender otro puente entre moriscos y cristianos, y tengo miedo. Y lo único que se me ocurre es escribir en este diario una página, la página definitiva, y contar que tengo miedo.

A María Luisa le temblaba la voz de emoción según se acercaba al final del relato, hacía un buen rato que Santiago había bajado la vista y con la mano en la frente cubría sus ojos. Yusuf estaba llorando. Yo también. Un llanto sordo, íntimo, profundo. Inevitablemente las miradas se concentraron en Yusuf. Era

emocionante estar sentado delante de él, de un descendiente directo de Hassan Mador, el médico morisco de Grisel.

Al día siguiente, como teníamos previsto, regresamos a Madrid. Invitamos a Yusuf para que se viniera con nosotros, pero dijo que prefería seguir viajando por sus orígenes. A los pocos días María Luisa nos envió una traducción del diario. En los días posteriores al diecisiete de abril de 1610 fueron expulsados de Grisel y Samangos, junto a la familia del médico Hassan Mador, unos 400 moriscos que, conducidos por las tropas que habían regresado recientemente del frente de Flandes, abandonaron la Península por el puerto de Somport en un terrible destierro. El hijo de Hassan Mador continuó con su diario hasta pocos días antes de su muerte, en el pueblo tunecino de Tastur, donde se estableció como médico a principios del año 1611.

Han pasado cuatro meses desde que nos despedimos de Yusuf. Me llama por teléfono todas las semanas. Su español ha mejorado mucho, pero ya no se le nota tan contento como al principio. La última vez que hablamos me dijo que tenía miedo de un nuevo destierro, de una expulsión como la que sufrieron sus antepasados. Me quedé helado, no sabía que decir para tranquilizarle. Hasta ese momento, no había caído en la cuenta de que el joven Yusuf Mador, el sucesor de ojos verdes del médico Hassan Mador, el descendiente de una familia que no hace tanto tiempo tenía su casa y sus tierras en Aragón y que aún guarda la llave herrumbrosa en un arcón de Tastur, el hombre que viajaba con su verdad, con su gran verdad, en un diario escrito en lengua románica con grafía árabe, es lo que nosotros llamamos un ilegal, un hombre sin papeles.